

cos: el camino de Europa y el camino de América; que aún hoy, configuran sus opciones irrenunciables» (p. 28).

J. C. Martín de la Hoz

Elisa LUQUE ALCAIDE y Josep-Ignasi SARANYANA, *La Iglesia católica y América*, Editorial Mapfre (Colección «La Iglesia católica y el Nuevo Mundo», VI/10), Madrid 1992, 372 pp., 23 x 15.

Esta obra ha sido redactada como libro marco para la Colección «La Iglesia católica y el Nuevo Mundo», que consta de trece volúmenes. La citada serie, dirigida por el Prof. Alberto de la Hera (Universidad Complutense), constituye uno de los proyectos más ambiciosos, hasta ahora llevados a cabo, sobre la historia de la Iglesia católica en América (Canadá y USA, Hispanoamérica, Brasil y Filipinas), desde finales del siglo XV hasta nuestros días.

Los autores del libro que reseñamos, profesores de la Facultad de Teología e investigadores del Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, han dividido su obra en tres partes: «La Iglesia que fue a América», «Los primeros pasos de la Iglesia en América» y «La evangelización americana y la cultura», desarrolladas en trece capítulos. En la presentación se especifica con claridad la autoría de cada uno de los epígrafes. El volumen resulta muy enriquecido con un índice onomástico y otro toponímico, y con una amplísima bibliografía comentada —capítulo por capítulo— que se adjunta al término del libro.

La tesis central de los autores podría recapitularse en los siguientes términos: los espectaculares frutos de la primera evangelización americana —la que se ha denominado «evangelización fundante» o «evangelización constituyente»— deben

atribuirse a que la Iglesia que pasó a América estaba ya reformada —antes de Trento, por tanto— y contaba, por tanto, con unos misioneros y agentes de pastoral con recursos sobrenaturales suficientes para emprender la titánica empresa de predicar a Cristo a culturas desconocidas a lo largo y ancho de muchos millones de kilómetros cuadrados. En la primera parte del libro se relata, precisamente, cómo se llevó a cabo la lenta y profunda purificación de la Iglesia española, comenzada en la segunda mitad del siglo XIV y culminada ya casi completamente en los primeros años del XVI. El exilio de tantos eclesiásticos castellanos en tiempos de Pedro el Cruel, resultó providencial. La denuncia profética de Montesinos sería ininteligible al margen de tal contexto histórico de reforma eclesial y de renovación del tomismo.

En la segunda parte, los autores estudian con detenimiento los métodos pastorales que se aplicaron en América, ciertamente tributarios de las experiencias evangelizadoras de las Canarias y de Granada, aunque pronto presentaron características propias. Esta segunda parte se completa con una información somera, pero suficiente, sobre las características de las culturas precolombinas, la erección de las primeras diócesis, la celebración de Juntas, Concilios y Sínodos, etc., hasta la recepción de Trento en América, principalmente en los Concilios III de Lima, III de México y III de Quito.

La tercera y última parte es un estudio de lo que podría denominarse la «inculturación de la fe» en América hasta comienzos del XVII, especialmente a través de la vasta tarea educativa promovida por la Iglesia a todos los niveles, y de la pintura y escultura, el teatro, la arquitectura y la música.

A lo largo de las partes segunda y tercera desfilan también los principales protagonistas de la evangelización, des-

de sus orígenes (por ejemplo, Ramón Pané) hasta mediados del XVII (como Alonso de la Peña Montenegro); las polémicas doctrinales habidas entre ellos; su pensamiento teológico; la reseña de los principales escritos redactados (crónicas, catecismos, directorios pastorales, etc.) —publicados o no— y sus tesis pastorales más destacadas; las cronologías de mayor relieve, etc., de forma que el lector culto podrá tener a la mano, en un solo volumen, los hechos más sobresalientes de la evangelización fundante. Posteriormente, y según sus preferencias, podrá completar algunos extremos —aquí sólo enunciados— con la consulta de los otros volúmenes de la Colección.

En definitiva: una monografía muy rica en información, de fácil lectura y válida para centrar correctamente la gran épopeya evangelizadora que se inició hace quinientos años.

Carmen J. Alejos-Grau

Ralph McINERNY, *Boethius and Aquinas*, The Catholic University of America Press, Washington, D. C. 1990, XIV + 268 pp., 14'5 X 22.

La obra del profesor McInerny que ahora reseñamos no es un simple ensayo de historia comparada de las doctrinas. Se trata de una obra polémica que sostiene vigorosamente una crítica a la interpretación de la metafísica tomista que el autor califica como «el tomismo existencial». El error fundamental del tomismo existencial es, para McInerny, haber adjudicado a Santo Tomás una concepción original de la Metafísica, desconectada de sus predecesores, Aristóteles y Boecio. El autor quiere poner en evidencia el error de quienes han estudiado las doctrinas tomistas olvidando, o al menos, minusvalorando sus

fuentes. Independientemente de las conclusiones concretas que McInerny presenta en este ensayo, sí que estamos de acuerdo en afirmar la poca atención que los especialistas en la filosofía tomista han prestado al pensamiento boeciano. De hecho pensamos que su influencia es mucho mayor de lo que habitualmente se ha tomado por tal, y no sólo en filosofía sino también en teología.

«La tesis de este libro se enuncia simplemente: Boecio enseñaba lo que Santo Tomás dijo que enseñaba y los comentarios tomistas de Boecio son los mejores comentarios jamás escritos sobre estos tratados» (p. XIV). La verificación de esta tesis se desarrolla sobre todo en torno al comentario tomasiano al *De hebdomadibus* de Boecio, y en particular, en el axioma *diversum est esse et id quod est*, sobre el cual los llamados «tomistas existenciales» se empeñan en sostener que Santo Tomás dijo otra cosa distinta a lo que afirmó Boecio. Para McInerny esta interpretación es un error y en su libro trata de demostrarlo.

El autor establece la fidelidad de Santo Tomás a los autores que comentaba y cree poder negar la tesis de la originalidad de la metafísica tomasiana. Parece algo exagerado en las conclusiones puesto que habría que distinguir al comentador del escritor original para valorar adecuadamente la metafísica de Santo Tomás. Aunque fuera cierto que en sus comentarios a Boecio, Tomás no aportara nada nuevo, habría que ver si esto se sostiene al estudiar las grandes síntesis doctrinales del Aquinate. No obstante es cierto que con frecuencia se ha evitado la confrontación directa recurriendo a la teoría de que el Aquinate se esforzaba por adjudicar a las «autoridades» sus propios logros intelectuales. Esto puede ser cierto, pero en el caso de Boecio no parece que hay más de lo